Un paso hacia la consolidación

Juan DIEZ NICOLAS (*)

De manera general, el cambio social producido en España durante los cinco años de Gobierno socialista ha sido menor, en amplitud e intensidad, que el que tuvo lugar durante la etapa de Gobierno centrista, pues los grandes cambios políticos se habían ya realizado entonces. No obstante, creo que los principales cambios sociales de estos últimos cinco años podrían resumirse en:

1. Incorporación plena de España a la Comunidad occidental.

El hecho más importante, y con más profundas implicaciones para nuestro futuro, ha sido la incorporación de España a las Comunidades Europeas y la ratificación de nuestra presencia en la OTAN, cuestiones ambas que ya se habían decidido e iniciado anteriormente, pero que fueron completadas bajo el Gobierno socialista. Esta incorporación implica el reforzamiento de unas relaciones internacionales de interdependencia que, de una u otra forma, suponen el cambio paulatino desde un sistema social relativamente autárquico y autosuficiente (independiente) hacia un sistema social interdependiente que formará parte de un sistema social más complejo (el europeo u occidental). Este cambio, iniciado ahora de manera formal, no estará exento de tensiones y conflictos internos y externos, pero resulta difícil pensar en su reversibilidad a corto o medio plazo. En este sentido resultan cuando menos preocupantes algunas de las contradicciones que se observan en la política exterior española, que pueden ser desconcertantes e incluso perjudiciales para que los restantes miembros de la Comunidad occidental consideren a España como un aliado plenamente fiable. Sea cual sea el juicio que a cada uno merezca esta nueva situación, el hecho evidente es que, debido a las múltiples relaciones de interdependencia ya existentes, las grandes claves de lo que suceda en España habrá que buscarlas cada vez más fuera de España.

2. Consolidación de la democracia en España.

La llegada de los socialistas al Gobierno de la nación, tras una amplia mayoría absoluta en las elecciones de 1982, significó un paso más en la consolidación y normalización de la democracia en España. De igual manera que el centro demostró su capacidad para hacer el cambio político desde la dictadura a la democracia pacíficamente, el socialismo ha demostrado su capacidad para gobernar dentro del modelo de sociedad vigente en el mundo occidental. Por otra parte, la enorme cuota de poder que ha disfrutado el PSOE, al haber dispuesto siempre de una holgada mayoría absoluta en las cámaras legislativas, le ha permitido intentar llevar a cabo su programa político máximo sin las limitaciones de un Gobierno minoritario o de coalición. Por otra parte, el ejercicio del

poder por los socialistas les ha desmitificado ante la sociedad española, que ha comprobado que sus líderes comparten muchas de las aptitudes y comportamientos antes criticados en otros gobernantes, que carecen de recetas mágicas para resolver los principales problemas sociales (que siguen siendo, hoy como ayer, el paro, el terrorismo, la delincuencia y el coste de vida, y que tienen virtudes y defectos y son capaces de aciertos y errores, más o menos como todos los políticos y gobernantes.

3. Pérdida de imagen social de la clase política.

Puede que la sociedad española esperase demasiado de la democracia. Es también posible que fuera necesario conceder un excesivo poder y protagonismo social a los partidos políticos para que el tránsito a la democracia se realizase pacíficamente, sin graves conflictos sociales. Sea cual sea la razón, el hecho es que los españoles han comenzado a cuestionarse el excesivo protagonismo social de los partidos políticos, y sobre todo de los políticos, sean del Gobierno o de la oposición, percibiéndoles como **clase política,** con intereses comunes entre ellos pero crecientemente alejados de los problemas e intereses de los ciudadanos, y lo que es más importante, sin ser capaces de resolver dichos problemas. La omnipresencia de los partidos políticos amenaza con ahogar la ya escasa y débil vida de asociaciones y grupos intermedios, que son fundamentales para una sociedad plenamente democrática. Debe aclararse, por otra parte, que la baja valoración que los españoles conceden a los partidos políticos y a los políticos no implica, todavía, pérdida de credibilidad en la democracia o en las instituciones democráticas, sino simplemente desencanto con los políticos. Pero el ambiente de inmoralidad y corrupción que con excesiva frecuencia se asocia a la vida pública, y que parece estar también extendiéndose al sector privado, no puede nunca ser beneficioso para la consolidación de la democracia.

4. Creciente materialismo y anomía.

En los últimos años parece haberse manifestado, cada vez con mayor claridad, un tendencia creciente al consumo, a disfrutar de los bienes materiales, y, por consiguiente, a justificar aquellas aptitudes y comportamientos que buscan la satisfacción de necesidades materiales, sin conceder mayor importancia a los valores o normas sociales que puedan verse conculcados. Diversas causas, como los rápidos e intensos cambios económicos, sociales y políticos que la sociedad española ha experimentado desde finales de los años sesenta, la crisis económica, y muy especialmente sus secuelas de paro e inflación agudizadas durante los últimos años, la contemplación de rápidos cambios en el nivel de vida de otros (generalmente por carreras políticas, negocios «rápidos»), la inseguridad económica y social (especialmente en amplios sectores de clase media), parecen haber conducido a una nueva moral de situación en la que todo se justifica si conduce al éxito, y especialmente si conduce al éxito económico. Parece como si el dinero se hubiese convertido en la medida del prestigio y el éxito social, con desprecio de cualquier otro valor. Las implicaciones de este modelo de sociedad, con su sobrevaloración del éxito por cualquier medio y del bienestar material, especialmente para la juventud actual, sólo se podrán evaluar a medio plazo, aunque es previsible que no serán precisamente beneficiosas para la sociedad.

(*) *Catedrático de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.*